

de su movimiento correspondía de derecho á los profetas. Israel no podía reunir á la humanidad alrededor de una misma fe sino apartando ante todo escrupulosamente toda influencia extraña; la conservación del monoteísmo no exigía ni estudio, ni variedad de espíritu, sino una inflexible tenacidad.

III

Durante sesenta años (cerca de diez siglos antes de la era cristiana), David y Salomón representaron el más elevado grado de gloria y de prosperidad temporal que hayan alcanzado jamás los hebreos. Desde entonces siempre más sus sueños de ventura se volverán hacia un ideal compuesto de David y de Salomón, hacia un rey poderoso y pacífico, que reinará de uno á otro mar y del que todos los reyes serán tributarios. ¿En qué momento esta idea fecunda, de la que saldrá el Mesías, hizo su aparición en Israel? No podría decirlo la crítica. Estas ideas, nacidas en el fondo de la conciencia de una nación, no tienen principio; como todas las obras profundas de la naturaleza, ocultan su origen en misteriosas tinieblas. ¿La idea del imperio del mundo ha nacido en Roma en un momento dado? No; es tan antigua como la misma Roma, y fué, en cierto modo, grabada en la primera piedra del Capitolio. La fe en el Mesías, vaga, oscura, entrecortada por eclipses y olvidos, reposa igualmente en los más antiguos cimientos de Israel.

La ineptitud de los hebreos para un gran papel político se revela más y más cada día. A partir de Roboam, casi siempre están en vasallaje, primero bajo Egipto, después bajo Asiria, luego bajo Persia,

después bajo los griegos, luego bajo los romanos. Una causa particular aceleró la ruina de su poderío temporal. La tribu de Judá, llegada á la preponderancia por la victoria de David, no logró jamás ahogar la individualidad de las otras tribus y fundar la unidad de la nación. Las tribus del Norte de Palestina, agrupadas alrededor de la de Efraim, aspiraban á separarse y no soportaban sino impacientemente la dependencia religiosa en que les tenía Jerusalén. Los considerables gastos de Salomón que pesaban abrumadoramente sobre las provincias y no aprovechaban más que á la capital, acabaron de divorciar los intereses del Norte y del Sur. Efraim, con su montaña de Garizin, rival de Sión, su ciudad santa de Bethel, sus numerosos recuerdos de la edad patriarcal, era sin disputa la más respetable de las individualidades que luchaban contra la acción absorbente de Judá. La rivalidad de estas dos familias principales de los israelitas data de las épocas más remotas de su historia. En el tiempo de los jueces, Efraim, por la permanencia del arca en Silo y por su importancia territorial, tuvo verdaderamente la hegemonía de la nación. La idea de una monarquía israelita estuvo un momento á punto de ser realizada por Efraim. Después de la muerte de Saúl, vemos á esta tribu agrupar á su alrededor todas las del Norte, oponer sin éxito Isboseth á David, el hábil y afortunado campeón de las pretensiones de Judá, en fin, después de la muerte de Salomón, hacer triunfar sus tendencias separatistas por el cisma del reinado de Israel y el advenimiento de una dinastía efraimita. De entre los jefes de los obreros que Salomón hacía trabajar en la construcción de la terraza entre Sión y Moria, se fijó en un robusto joven de Efraim, cuyo aspecto inteligente le impresionó, y al cual dió una función importante

en su administración. Aquel era el hombre destinado á dar un golpe mortal á la casa de David. Jeroboam levantó, en vida misma de Salomón, el estandarte de la rebelión: los apuros financieros que siguieron á la muerte del gran rey le proporcionaron excelente ocasión para consumir una reparación que se había hecho inevitable.

No se puede decir que el cisma de las diez tribus haya sido, bajo el punto de vista del destino general del pueblo hebreo, una seria desdicha. Reducido á un espacio de veinte leguas de largo por quince de ancho, Judá, abandonada á sí misma, se purifica y se exalta; sus ideas religiosas se desenvuelven y se complican. El Norte, al contrario, entregado á dinastías brutales y presa de revoluciones continuas, fué bien pronto aulado: la tradición religiosa se debilitó. Duramente rechazados por los judíos desdofiosos de Jerusalén, cuando quisieron después de la cautividad reedificar el templo con ellos, los samaritanos no hicieron casi otra cosa más que copiar de lejos las instituciones de Judá. Tomaron su revancha por el cristianismo. El Cristo encontró el mayor número de sus discípulos en las provincias despreciadas, mal reputadas por la ortodoxia, del antiguo reino del Norte, y en este sentido se puede sostener que Samaria ha tenido tanta parte como Jerusalén en la obra capital de Israel. Ésta antigua fracción del pueblo hebreo, que si no ha tenido el brillante destino de Judá, le ha casi igualado por su perseverancia y su fe, está en nuestros días en vísperas de extinguirse y ofrece al mundo el singular espectáculo de una religión que va á morir. Las persecuciones, la miseria y el proselitismo de las sectas más activas, sobre todo de las misiones protestantes, amenazan cada punto su débil existencia. En 1820 los samaritanos eran aún cerca

de quinientos. Robinsón, que visitó Naplouse (la antigua Sichem) en 1838, no encontró más que ciento cincuenta. En una súplica que dirigieron al Gobierno francés en 1842, confiesan que están reducidos á cuarenta familias. Su anciano sacerdote Salamé, hijo de Tobías, que correspondió con el obispo Gregorio y M. de Sacy, vive aún; pero no parece que después de él deba continuar el conocimiento de la lengua y de las tradiciones samaritanas. Hoy que todo el mundo busca en Oriente alguien á quien proteger, ¿quién pensará en esos pobres samaritanos?

Es notable, por lo demás, que el profetismo en el reino del Norte fuera al principio un elemento de perturbación política aun más grave que en el Sud, é hizo allí imposible toda ley de herencia, mientras que en Jerusalén el prestigio de la casa de David y el privilegio incontestado de los levitas mantuvieron una especie de derecho divino para la sucesión al trono y al sacerdocio. Elías y su escuela nos representan este momento de la omnipotencia profética, haciendo y deshaciendo las dinastías, gobernando en realidad bajo el nombre de reyes en tutela. Las páginas más bellas del libro de M. Ewald son las en que expone el carácter y el papel de Elías. Este gigante de los profetas, por su vida anacóretica, por el traje particular que llevaba, por su retiro invisible en las montañas, del que no salía, como un sér sobrenatural, más que para dirigir sus amenazas y desaparecer en seguida, rompe fuertemente con la fisonomía más sencilla de los profetas antiguos y la escuela menos ascética de los profetas letrados. No tardó, en efecto, en operarse una gran revolución en la forma del profetismo. Los profetas de la escuela de Elías y de Eliseo no escribían: al antiguo profeta hombre de acción sucede el pro-

feta escritor, que no busca su fuerza más que en la belleza de la palabra. Aquellos sorprendentes publicistas enriquecieron las escrituras hebraicas, limitadas hasta entonces al relato histórico, al cántico y á la parábola, con su género nuevo, una especie de literatura política, alimentada por el acontecimiento del día, y á la cual sólo la prensa y la tribuna de nuestros tiempos pueden ser comparadas.

Tanto como el porvenir profano de Israel parecía debía ser destruído sin remisión, se ensanchaban sus destinos religiosos. Los últimos tiempos del reino de Judá presentan uno de los movimientos religiosos más sorprendentes de la historia. Allí están los primeros orígenes del cristianismo. La antigua religión hebraica, sencilla, severa, sin teología refinada, no es casi más que una negación. Hacia el tiempo de que hablamos, un pietismo exaltado, que condujo á las reformas de Ezequías y sobre todo de Josías, introdujo en el mosaísmo elementos nuevos. El culto se centraliza más y más en Jerusalén; la oración comienza. La palabra devoción que á nada corresponde en la antigua religión patriarcal, empieza á tener sentido. Circulan nuevas ediciones del código mosaico, concebidos en el tono de la predicación, cuya autoridad realzaban ciertos piadosos artífices; cánticos compuestos por literatos é impregnados de alguna retórica avivan en las almas el celo del mosaísmo. Un estilo bajo, prolijo, pero lleno de unción, cuyo tipo encontramos en la obra de Jeremías, caracteriza esas producciones. Inútil es añadir que cada recrudecimiento de piedad era acompañado de un recrudecimiento de intolerancia y de persecución contra todo lo que no estaba conforme con el monoteísmo más puro.

En la manera de sentir se manifiesta al mismo

tiempo una profunda modificación. Un espíritu de dulzura, un sentimiento delicado de compasión por el débil, el amor al pobre y al oprimido, con matices desconocidos para la antigüedad, se abre paso por todas partes. La profecía de Jeremías y el Deuteronomio, son ya bajo este aspecto libros cristianos. El amor, la caridad nacen en el mundo. Al mismo tiempo prosperaba la idea querida de Israel, la espera de un rey modelo que haría reinar á Dios en Jerusalén y realizaría los antiguos oráculos. Largo tiempo se creyó que aquel rey perfecto iba á venir; pero cuando se vió á Josías realizar casi el ideal del soberano teocrático y perecer miserablemente, la esperanza se encontró fuera de lugar. El sistema muy sencillo sobre el que descansaba el edificio social de Israel, el pacto de Dios y de la nación, en cuya virtud, mientras tanto que la nación permaneciese fiel á Jehovah, sería feliz y triunfante, aquel sistema repito, no podía escapar á los más rudos mentís. Los profetas encargados de aplicar este extraño principio debían tener más de una lucha que sostener contra la realidad. A menudo las épocas en que la piedad fué más viva, fueron las más desgraciadas, y se puede decir que la catástrofe final sorprendió á Israel en medio de un período de fervor bastante grande. Endurecido contra las decepciones, habituado á esperar contra la esperanza, Israel apeló de la letra al espíritu. La idea de un reino espiritual de Dios y de una ley escrita, no en la piedra, sino en los corazones, se le apareció como la aurora de un nuevo porvenir.

Mientras que en el seno de Jerusalén se agitaban estas delicadas cuestiones, de las que dependía el porvenir religioso del mundo, se establecían en Oriente robustas y omnipotentes monarquías, á las que la destrucción del reino de Judá debía apenas

costar esfuerzo alguno. Los hebreos, con sus ideas tan sencillas en materia de organización política y militar, experimentaron una viva impresión de asombro y de terror, cuando por vez primera se encontraron en presencia de aquella formidable organización de la fuerza, de aquel materialismo impío y brutal, de aquel despotismo en que el rey usurpaba el lugar de Dios. Los profetas ciegos según la carne, clarividentes según el espíritu, no cesaban de rechazar la única política que hubiera podido salvar á Israel de batir en la brecha á la realeza y de excitar con sus amenazas y su puritanismo las agitaciones interiores. Se les vió mantener su obstinación sobre las ruinas de Jerusalén y triunfar casi de los desastres que realizaban sus predicciones. Una política vulgar les condenaría y les haría en gran parte responsables de las desdichas de su patria; pero el papel religioso del pueblo judío debía ser siempre fatal á su papel político. Israel debía tener la suerte de los pueblos consagrados á una idea y pasear su martirio á través de los desdenes del mundo, esperando que el mundo, arrepentido, viniera á pedirle como suplicante un puesto en Jerusalén.

IV

La cautividad no alcanzó más que á un reducido número de habitantes de Palestina, pero hirió la cabeza de la nación y todo la clase en la que residía la tradición religiosa, de suerte que el espíritu entero de Judea se encontró transportado á Babilonia. Tal es la causa que hizo salir á luz en las orillas del Eufrates las más bellas producciones del genio

hebreo, esos salmos conmovedores que llegan al alma, encantándola y penetrándola de tristeza y de esperanza, esas incomparables odas proféticas que se han añadido á las obras de Isaías. Desde entonces se formó en Babilonia, ó por mejor decir, en las pequeñas ciudades agrupadas alrededor de la gran ciudad, como una segunda capital del judaísmo. Los restauradores de las instituciones y de los estudios antiguos en Judea, como Esdras y Nehemías, vienen de allí y se indignan á su llegada de la ignorancia y de la corrupción de lenguaje de sus correligionarios de Palestina. Después de la destrucción de Jerusalén por los romanos, Babilonia volverá á ser el centro principal de la cultura intelectual de Israel, de suerte que se puede decir que se ha efectuado dos veces la continuación de la tradición judía para aquella ciudad, á raíz de las dos grandes catástrofes que, á siete siglos de distancia, arruinaron enteramente al judaísmo y á Jerusalén.

No sé si hay en la historia del espíritu humano un espectáculo más extraño que el de que fué testigo Babilonia en el siglo VI, antes de la era cristiana. Este pequeño grupo de desterrados, perdido en medio de una multitud profana, sintiendo á la vez su debilidad material y su superioridad intelectual viendo á su alrededor el reinado brutal de la fuerza y del orgullo, se exalta y alcanza el cielo. De tantos oráculos divinos aun no realizados de aquel montón de esperanzas fallidas, de aquella lucha de la fe y de la imaginación contra la realidad nació definitivamente el Mesías. En presencia de la iniquidad, triunfante, Israel apeló al *gran día de Jehovah* y se lanzó resueltamente en el porvenir.

¿Qué vió allí el profeta innominado (cuyas obras han sido puestas á continuación de las de Isaías), que fué en aquel momento decisivo el intérprete